

guión

El 18 de Julio próximo se cumple un siglo de la interrupción del Concilio Vaticano I, interrupción que de hecho fue su conclusión. El Vaticano I no terminó con una sesión de clausura, como es costumbre, sino con las complicaciones de la guerra franco-prusiana y la entrada de las tropas de Garibaldi pocos meses después por la Puerta Pía. Este centenario es buena ocasión para reflexionar sobre el camino recorrido por la Iglesia desde aquella fecha.

En 1870 el Papa Rey, el Papa del poder temporal, era casi un dogma. El "Syllabus" condenaba la siguiente proposición: "La abrogación del poder civil, que posee la Sede Apostólica, llevaría en gran manera a la libertad y felicidad de la Iglesia". Los que ahora tienen 50 años aún recuerdan que ese Papa Rey pertenecía a las vivencias más firmes del catolicismo español de su juventud. Todavía en 1944, ante la desintegración política de Italia, se vuelve a presentar y proponer a Pío XII la tentación de recuperar ese poder para salvar la situación. Pío XII la rechaza, porque cree que aquellos fueron tiempos definitivamente pasados.

Pero Pío XII seguirá siendo hasta cierto punto el "prisionero del Vaticano". Y como el Papa, también la Iglesia vive hasta entonces cerrada sobre sí misma, en actitud predominantemente defensiva. Vive encerrada en sus derechos y privilegios, en sus fórmulas y ritos tradicionales, en su latín, en una serie de costumbres y modos de expresión bastante poco inteligibles para los de fuera y bastante poco vivificadores para los de dentro. Lo que quedaba fuera era la "cultura moderna", que había sido anatematizada por el "Syllabus". Los anatemas y demás condenaciones se alzan como torreones de esa muralla defensiva: contra el racionalismo y semirracionalismo, contra el laicismo, contra el socialismo, contra la masonería, contra el liberalismo, contra los nuevos métodos de exégesis de la Escritura, contra el modernismo y en general contra los "errores modernos". Es una Iglesia en estado de sitio, con disposición de ánimo luctuosa. Basta recordar las oraciones compuestas por aquellas fechas, que rezuman la amargura y el agobio de la situación, y buena parte de los documentos pontificios ("Quanto conficiamur moerore", "Quanta cura", "Etsi multa luctuosa", "Lamentabili"...), que hablan de preocupación, tristeza, llanto, lamentos.

Tendrá que venir Juan XXIII con sus "paseos" por Roma para romper definitivamente este cerco. Pío XII hablaba al mundo desde el Vaticano. Su sucesor se acerca a ese mundo, se pone en contacto con él, quiere aprender de él, mira a los "signos de los tiempos". Pierde realza,

pierde incluso categoría doctoral. Gana humanidad y cercanía al mundo.

Los cambios se aceleran y multiplican. Cosas que hasta entonces se consideraban intocables, casi como si pertenecieran al depósito de la Revelación, van cayendo una tras otra. Ya quizás no tenemos conciencia, a pesar de la proximidad, del impacto que algunos de estos cambios produjeron, de las dificultades que hubo que vencer y del laborioso proceso que llevó a ellos. El rígido ayuno eucarístico, el latín como lengua litúrgica exclusiva, el estado confesional y los privilegios eclesiásticos, la concepción primariamente jurídica y jerárquica de la Iglesia han pasado o están para pasar a la historia. Un aire renovador corre por la Iglesia gracias a esa ventana abierta que fue el Vaticano II. El aire tiene algo de vendaval. Juan XXIII pidió un nuevo Pentecostés. Un "viento impetuoso" (Act 2,2) hace temblar la casa. Se descubre el ecumenismo y la libertad religiosa; "la Iglesia libre en el Estado libre" pasa de ser consigna liberal a ser consigna de la misma Iglesia; la "libertad, igualdad, fraternidad" de la Revolución francesa aparece en la "Pacem in terris"; la "Populorum progressio" hace suyos diversos puntos del socialismo; se buscan nuevas formas de expresión de la Verdad reveladora, se asimilan los métodos de la crítica histórica aplicados a la Biblia. No se lanzan anatemas sino que se buscan las respuestas positivas a los nuevos problemas. Una esperanza gozosa fundada en la fe en el hombre y en la vitalidad de la Iglesia sustituye a los lamentos de los "profetas negros". El sentido pastoral y de comunión eclesial supera a la mera imposición jurídica.

Entre el Vaticano I y el Vaticano II los papeles se han invertido. Los que entonces eran la minoría dirigida por Dupanloup ahora son la mayoría, mientras que el papel de la mayoría de entonces corresponde ahora a la minoría de un Ottaviani o un Ruffini. Esto es un indicio del profundo cambio que se ha operado en la Iglesia durante este siglo.

En los artículos que siguen solo podemos abordar unos pocos temas. No pretendemos abarcar todo el conjunto de la vida de la Iglesia. Los profundos cambios operados en estos puntos particulares, en vez de causar un desasosiego de inseguridad, pueden ser síntomas de la vitalidad de la Iglesia peregrinante, que acompaña al hombre a través de las vicisitudes de la Historia.